

UNA NUEVA RAZÓN POLÍTICA

Antonio García Santesmases

BERNARD RIUTORT,
*Razón política, globalización
 y democracia,*
 Barcelona, El Viejo Topo, 2001

La obra de Bernard Riutort, *Razón política, globalización y democracia*, se sitúa dentro de unas coordenadas propias en el campo de la filosofía política en España. Creo que la primera característica es el manejo que establece Riutort de los datos aportados por las ciencias sociales, y en especial por la economía política, de cara a una reflexión acerca de los perfiles de un proyecto político emancipatorio en el nuevo siglo. La segunda es la perspectiva desde la que se desarrolla la crítica de Riutort. Riutort se reclama de las diversas tradiciones de la izquierda para encarar los problemas de nuestra época. Ambos presupuestos no son hoy mayoritarios dentro de la reflexión filosófica en nuestro país. Va siendo frecuente una reflexión filosófica que, a fuer de normativa, se aleja de los datos de las ciencias sociales y es hegemónico igualmente un pensamiento que sitúa su reflexión dentro de los límites del liberalismo. Cuando escribo este comentario estamos conmemorando en España los 25 años transcurridos desde las primeras elecciones democráticas y no han faltado los suplementos culturales que, al hablar de la transición que se ha dado en el campo del ensayo, sitúan las perspectiva de izquierda en un reducto minoritario de personas inasequibles al desaliento, que siguen manteniendo su fe, pero que poco tienen que ver ya con la actualidad.

Riutort se sitúa en el ámbito de la izquierda europea y bebe en dos de sus re-

ferentes teóricos más importantes para encarar el diagnóstico de los males del presente y las posibilidades de un futuro distinto. J. Habermas y C. Offe son las dos grandes fuentes de interpretación que ha elegido Riutort. Son muchas las reflexiones que se han dado en nuestro país a partir de la obra de Habermas, pero muchas de ellas se han acercado más a los problemas derivados de la ética del discurso o a las escasas reflexiones de Habermas acerca de la religión y no han profundizado lo suficiente en el pensamiento político habermasiano. Tampoco ha sido frecuente conectar este pensamiento con la obra de C. Offe que es uno de los teóricos más interesantes para comprender la tensión entre la democracia competitiva de partidos y el Estado del Bienestar keynesiano. Es un acierto de Riutort la elección de estos dos referentes y el rendimiento político que efectúa de sus conceptos.

Para establecer el diagnóstico del momento actual, Riutort estudia el fenómeno de la globalización y sus consecuencias en el campo económico, político y cultural. Una globalización que, hegemónica hoy por el pensamiento y la práctica política neoliberal, ha ido arrumbando el pacto social keynesiano. La lectura de Riutort permite estudiar con detenimiento la doble realidad ante la que nos encontramos. En todo su libro aparece la crítica de izquierdas al Estado del Bienestar de los años sesenta y la aparición de los nuevos movimientos sociales. Frente a lo que Offe denominaba el viejo paradigma basado en la seguridad y el crecimiento, aparecen demandas de identidad y de autonomía pero, como ha señalado Offe, esa

novedad que impulsaban los nuevos movimientos sociales y la aparición en la agenda política de demandas hasta entonces insospechadas, quedan cercenadas por la caída de los países del Este. Los contenidos del viejo paradigma vinculados a la seguridad y al crecimiento vuelven a aparecer como realidades prioritarias y las viejas conquistas corren el peligro de ser arrumbadas. La doble realidad está ahí: de soñar con ir más allá del Estado del Bienestar a quedar agarrotados en su defensa ante los embates del neoliberalismo.

No puedo hablar de todos los temas que aparecen en el libro de Riutort, por lo cual he decidido centrar mi comentario en tres puntos: la crisis del trabajo; la reformulación de un nuevo proyecto ilustrado; y la recreación de un proyecto europeo.

I) Crisis de la sociedad del trabajo

Creo que uno de los temas que merece ser estudiado con detenimiento es la tesis habermasiana acerca de el fin de la Utopía del trabajo. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de este tema? Podemos afirmar que ya no cabe sostener la esperanza utópica en que el proletariado sea capaz de apropiarse de la maquinaria burocrático-industrial. Ésta responde a una lógica que, independientemente de la propiedad sobre los medios de producción, hace imposible la liberación en el trabajo. Ésta es la tesis de A. Gorz. No es posible la liberación en el trabajo, pero sí es deseable la liberación fuera del tiempo de trabajo, en el tiempo de ocio.

El planteamiento de Habermas recoge en parte esta perspectiva al hablar de una colonización del mundo de la vida por el sistema del dinero-poder y al propiciar la necesidad de una comunicación no distorsionada que permita superar las formas de vida alienadas. Pero Habermas no se queda únicamente en la denuncia de una alie-

nación que persiste, sino que plantea el desplazamiento del conflicto social del ámbito económico al ámbito político y de éste al ámbito cultural al analizar la neutralización de la lucha de clases a través de los mecanismos del Estado del Bienestar. Hoy, cuando vivimos angustiados la dificultad de mantener el Estado social parece irreal preguntarnos por la superación de la alienación laboral, pero ésa era la perspectiva de la izquierda de los años sesenta al constatar el callejón sin salida de la modernidad.

¿La superación de la alienación se situaría fuera del recinto laboral o cabría pensar que la democracia no se detiene a las puertas de la fábrica? Este tema es decisivo para encarar el problema de la crisis de la sociedad del trabajo. Riutort muestra el esfuerzo por trascender las distintas formulaciones del Estado del Bienestar (la asistencialista, la familiarista y la universalista) y por extender el campo de los derechos humanos a los derechos culturales y a los derechos medioambientales. Muestra igualmente con acierto la perspectiva de una izquierda ecologista que plantee el problema de la sostenibilidad del planeta como una cuestión prioritaria y la dificultad de encarar desde el mercado o desde el Estado los problemas civilizatorios.

El pensamiento de Habermas de los años sesenta y setenta bebe de la fuerza de la contracultura juvenil de los años sesenta, como supo ver muy bien entre nosotros Javier Muguerza en su trabajo «Entre el liberalismo y el libertarismo», pero fue quizás Offe el que supo encontrar una fórmula que permitiera dar cuenta de la nueva realidad al hablar de la tensión entre lo que denominaba el viejo y el nuevo paradigma. El viejo paradigma, basado en el crecimiento y en la seguridad, había encontrado un campo abonado en la conciliación entre la democracia de partidos y el Estado del Bienestar. Había alcanzado

la paz social en una época de prosperidad donde se optaba por una cierta despoliticación tras la fuerte carga ideológica de los años treinta, pero el clima cambia a mitad de los años sesenta y aparecen nuevas demandas de participación política y de reconocimiento social. Estas nuevas realidades son encuadradas por Offe en la idea de que ha aparecido un nuevo paradigma que supere las formas convencionales de hacer política y que auspicie nuevos contenidos en la controversia ideológica y cultural.

Nuevos contenidos que han tenido, a mi juicio, una de sus formulaciones más sugerentes en el debate acerca de la reducción del tiempo de trabajo y en la posibilidad de un ocio alternativo no alienante que han aparecido años después y que han permitido a A. Gorz hablar de la necesidad de cambiar de Utopía. De todo esto sabe mucho Joaquín Valdivieso, compañero de Riutort en la Universidad de Palma de Mallorca, y autor de una magnífica tesis sobre Gorz donde se plantean todos estos problemas. En la discusión de aquella tesis doctoral ya observábamos la dificultad de mantener esta perspectiva en un mundo presidido por la globalización neoliberal donde ha ido desapareciendo de la agenda política la preocupación por el tema de la alienación.

La realidad de la sociedad del trabajo plantea el gran problema de nuestro tiempo. Pretendiendo ir más allá de la centralidad del trabajo estamos abocado a un mundo donde aumentan las desigualdades y donde crece el fenómeno de la exclusión social. Las bases sociales del proyecto socialdemócrata se tambalean. Riutort se mueve entre los límites del proyecto socialdemócrata y la emergencia de los nuevos movimientos sociales. Límites vinculados a la impotencia del Estado nacional para hacer frente a los retos de la globalización y a la dificultad de los sin-

dicatos para agregar los intereses de los explotados en una época en la que cambia el modelo de empresa y se va diversificando la fuerza laboral. Diversificación que atiende a una nueva realidad donde crecen los perdedores de la globalización. Crecen los precarios, los que viven en el miedo y en la incertidumbre, los que perciben que sus hijos vivirán peor que ellos y crecen los beneficiarios de la globalización, la nueva élite que es capaz de moverse en el mundo de las nuevas tecnologías y de las altas finanzas.

La posibilidad de mantener la alianza entre la clase media y la clase trabajadora que dio pie al Estado del Bienestar universalista se complica con la fragmentación de la clase trabajadora y con la realidad de un mundo de trabajadores inmigrantes que se ven condenados a la sobreexplotación, a la marginación y a la convivencia llena de dificultades con los trabajadores en paro.

La perspectiva no puede ser más contraria a las expectativas de la nueva izquierda. De pensar en un ocio creativo, en una liberación del tiempo de trabajo, en una proliferación de vivencias comunicativas más allá de la distorsión del mundo mercantil y de la opresión estatal, nos encontramos con el miedo ante un futuro imprevisible donde la competencia feroz por repartir la miseria va afectando día a día a sectores sociales que formaban los soportes electorales y orgánicos de los partidos y sindicatos de la izquierda europea. Por ello se plantea cada vez con mayor intensidad la necesidad de articular alianzas entre la clase trabajadora, las nuevas clases medias y los sectores excluidos. Una huida de las clases medias hacia el capitalismo popular o una división irreductible entre los trabajadores autóctonos y los inmigrantes, so capa de defender la identidad nacional, serían caminos extraordinariamente peligrosos.

Hemos repetido, sin embargo, tantas

veces la tesis habermasiana acerca del fin de la utopía del trabajo y su sustitución por una nueva utopía basada en la razón comunicativa que parecía que mágicamente se iban a resolver nuestros problemas. Hace bien Riutort en recordar que para que esto sea posible es imprescindible un nuevo impulso ilustrado, una nueva razón política frente a una globalización neoliberal que va vaciando de sentido la propia democracia. Pero la pregunta es ¿cómo concretar esa propuesta en el ámbito nacional y en el marco europeo? ¿qué identidad podemos reclamar? ¿Cabe pensar en una nación de ciudadanos?

II) El patriotismo constitucional

Riutort se remonta al Habermas juvenil y va recorriendo su evolución para dar cuenta de las dificultades de mantener hoy un proyecto ilustrado en un mundo colonizado por el poder económico. Proyecto ilustrado que tiene que evitar los dos males que Habermas ha sabido analizar con clarividencia. El mal del privatismo familiar, profesional, civil y el mal del nacionalismo etnicista de triste recuerdo en la historia alemana. No caer en la apatía, pero no olvidar los peligros del culto al pueblo elegido y a la raza superior. Ello exige una nueva idea de la democracia.

Una democracia donde quepa superar la democracia de élite y la cultura de los expertos y donde sea posible situar el foco de la razón ante los problemas de una modernidad compleja. Ese planteamiento habermasiano ha tenido últimamente en España una gran repercusión por el uso del término patriotismo constitucional. El esfuerzo por buscar un sentimiento de pertenencia que no se base en la raza, en la tribu o en la tradición, sino que apele a los procedimientos es muy importante en un país asolado por el terrorismo y por la locura etnicista. Es muy

importante porque propicia una formación democrática de la voluntad, pero plantea el problema de la excesiva frialdad del procedimentalismo frente a la fuerza de los grandes relatos o a la capacidad motivacional de las doctrinas comprensivas.

Riutort plantea todos estos problemas en su capítulo acerca de la «Identidad nacional y la democracia». A partir del planteamiento de Habermas se puede ir aterrizando en dos de los problemas que afronta nuestro país. Me refiero a la constitución de un Estado plurinacional y a la presencia de trabajadores inmigrantes que nos van conduciendo a una sociedad multicultural. En relación al primer problema es evidente que plantear el patriotismo constitucional como una prerrogativa de los Estados Nación y considerar que el nacionalismo de Estado siempre es democrático, liberal y respetuoso con las minorías y el pluralismo, mientras el nacionalismo de las naciones sin Estado está siempre abocado al etnicismo, a la intolerancia y al exterminio de los que no concuerdan con la identidad nacional que se reclama... plantear así las cosas, como hacen muchos en España hoy, es errar completamente el tiro.

Ha habido un nacionalismo de Estado, como el franquista, que ha sido opresivo, excluyente, intolerante e impositivo y ha habido en nuestra historia nacionalismos de naciones sin Estado que han luchado por la democracia como el nacionalismo catalán durante la Segunda República. El problema es cuando se plantea que todo nacionalismo de Estado es dictatorial o todo nacionalismo de naciones sin Estado es etnicista. Hay que huir de estas tergiversaciones de la historia e intentar mostrar el rendimiento del concepto habermasiano en un mundo donde los sentimientos de pertenencia llevan en ocasiones a peligros indudables.

Por eso es muy pertinente el capítulo

que Riutort dedica a este tema al recordar las reflexiones de Habermas sobre la Alemania de los años treinta y su diatriba con los historiadores que no quieren hacerse cargo de la responsabilidad colectiva en la creación y el mantenimiento de un nacionalismo exacerbado.

Se acusa al patriotismo constitucional de ser demasiado frío para dar cuenta de los sentimientos de pertenencia. Al igual que la utopía comunicativa parece excesivamente delirante al lado de la utopía del trabajo el patriotismo constitucional parece excesivamente formal y procedimental frente a los requerimientos de la nueva sociedad multicultural. El patriotismo constitucional está abocado también a verificar su potencialidad en una nueva situación. ¿Podemos seguir operando con una radical separación entre lo público y lo privado? Aun aceptando una concepción republicana de la democracia donde quepa incentivar la participación sigue planteándose el problema de qué es lo que cabe introducir en la agenda política.

Los sentimientos de identidad no vienen sólo de las reclamaciones pendientes de naciones sin Estado. Éstas pueden propiciar proyectos donde los males de la construcción del Estado-nación vuelven a aparecer. Los males de la depuración, del exterminio, de la limpieza étnica, de la homogeneidad, al precio de la expulsión de los que no aceptan la definición nacional que se propone, están ahí y no podemos cerrar los ojos y mirar hacia otro lado.

Pero los males aparecen también cuando una sociedad en la que se ha roto el pacto keynesiano, en la que los derechos están en un proceso de regresión, en donde van desapareciendo las garantías laborales se encuentra con masas de trabajadores inmigrantes que hallan en los sentimientos religiosos, en sus tradiciones culturales, en sus formas de vida, el nicho en el que poder cobijarse ante la intemperie

de la sociedad de acogida. Las sociedades europeas se han secularizado y han expulsado a la religión del ámbito de lo público para evitar guerras de religión, pero la religión vuelve en forma de fundamentalismo cuando la sociedad de acogida no es precisamente un ejemplo de racionalidad, de laicidad y de ilustración, sino un mundo duro, áspero y sombrío.

Naturalmente, esto que estamos empezando a vivir nosotros lleva mucho más tiempo en otras sociedades europeas que se plantean si es preferible ante esta situación abandonar el proceso de construcción europea y refugiarse en las identidades nacionales.

III) El eurofederalismo

Lo hemos visto en las elecciones francesas. Al reclamar la identidad nacional no ha aparecido la identidad laica, republicana, solidaria y tolerante. Quizás si ha aparecido en la segunda vuelta para parar el crecimiento de Le Pen, pero lo que es indudable que ha vuelto a aparecer el racismo, la xenofobia, el recuerdo de la peor Francia y la defensa de la soberanía como recinto amurallado.

Si el Estado-nación se ha quedado pequeño cabe pensar en un proyecto de construcción europea donde se puedan suplir las deficiencias, las carencias y los límites de la actual sociedad europea.

Riutort refleja en estas páginas al Habermas y al Offe que han criticado un proceso de construcción europeo que va dejando al pueblo europeo alejado de la perspectiva de construir un nuevo orden. Un proceso donde se sustraen decisiones y donde se aplican reglamentos que van vaciando de contenido a los distintos Estados.

¿Debemos construir únicamente un gran mercado o debemos apostar por un Estado que abarque a los Estados actuales?, ¿debemos esperar a la ampliación de miembros o

debemos discutir los perfiles de la casa antes de que lleguen los nuevos inquilinos? Frente a las posiciones euroescépticas Riutort recuerda al Habermas que apuesta por una nueva federación de sentimientos, de impulsos y de expectativas que nos hagan superar los estrechos límites del Estado-nación. Más allá de los contornos del proyecto la cuestión remite a la palabra de los participantes y a los valores últimos que debe sustentar este proyecto.

Estamos, pues, ante un libro que está situado en el día a día de los debates de la izquierda europea. Riutort es de una tierra donde hoy gobiernan juntos las izquierdas que existen en España, una tierra donde la reivindicación nacionalista de izquierda no entra en contradicción con los planteamientos ecologistas y con la tradición socialdemócrata, una tierra donde las formaciones poscomunistas han impulsado esta convergencia de la izquierda plural.

Todo ello hace que su libro no sufra de la angustia de otros lugares de España donde una parte del nacionalismo está vinculado a la violencia o a otros lugares donde la desunión de las izquierdas ha provocado un triunfo perenne de las derechas. El modelo Balear sería bueno que perviviera y que fecundara su relación con un triunfo de las izquierdas en Cataluña en las próximas elecciones autonómicas.

No sé si Riutort podrá hacer mucho por el triunfo de estas tesis, pero el clima apacible que respira le ha permitido una reflexión ponderada, que no está atravesada por problemas de coyuntura inmediata o

por requerimientos dramáticos de supervivencia. Esto hace que no se hable del patriotismo constitucional con el dramatismo al que estamos acostumbrados en un país marcado por el drama del País Vasco ni se sitúen la convergencia de las izquierdas en un mundo tan colonizado por los grandes medios de comunicación como ocurre en Madrid. Me alegra mucho constatar, por último, que la sensibilidad ecologista de Riutort es compatible con su cercanía al mundo sindical y con la publicación de la obra en una editorial como El Viejo Topo que representa con mucho acierto lo mejor de las reflexiones de la izquierda poscomunista y de las aportaciones de los movimientos antiglobalización.

Tiene el lector en sus manos un libro que recopila materiales de gran utilidad para afrontar los grandes problemas que hoy aquejan a las sociedades europeas y los interrogantes que a todos nos acucian desde la izquierda: cómo perseverar en la crítica de izquierdas al Estado del Bienestar siendo conscientes de la fuerza del neoliberalismo; cómo mantener a la vez la reducción del tiempo de trabajo y el derecho de ciudadanía para todos; cómo articular una lealtad nacional que nos permita impulsar un proyecto europeo que tenga peso en el actual contexto internacional. De todo esto habla Riutort en su libro sacando el mejor rendimiento a la obra de dos de los mejores soportes teóricos de la izquierda europea. Una izquierda que está necesitada de una nueva razón política.